

ALTER N°6
DESPUÉS DE FREUD

El lenguaje descentrado* [délocalisé] (1)

Alain Costes

«“Yo soy aquél que ha leído a Freud”, declaraba Lacan a Pierre Daix en 1966 cuando aparecieron los *Écrits*» (2).

1. El preconsciente freudiano

A menudo Freud cambió sus puntos de vista, sus conceptualizaciones, sus teorías: el masoquismo dejó de ser secundario para volverse primario; la angustia dejó de ser consecuencia de la represión para volverse su causa, etc. Como decía anteriormente (3), Freud era el primero en cuestionarse a sí mismo, al punto que podría sostenerse, sin paradoja, que sería anti-freudiano serle absolutamente fiel. Sin embargo, si existe un punto sobre el cual Freud nunca cambió de opinión es sin duda la cuestión de la *situación tópica del lenguaje*. Desde la correspondencia con Fliess, los «restos verbales» son asignados al *preconsciente* y condicionan el devenir consciente:

Pcc. es la tercera inscripción ligada a las representaciones verbales y corresponde a nuestro yo oficial. Las investiduras de este Pcc. devienen conscientes de acuerdo a ciertas leyes (4).

Del mismo modo, en el célebre artículo de 1911, «Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico», leemos:

...[el pensamiento] solo recibe nuevas cualidades perceptibles por la consciencia por la conexión a los restos verbales (5).

Cualquier lector de Freud podrá multiplicar las citas: ellas mostrarán incansablemente que el lenguaje compete electivamente al sistema preconscious. Demos algunos ejemplos:

...la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola [...] Ahora también podemos formular con precisión eso que la represión rehúsa a la representación en las neurosis de transferencia: la traducción en palabras... («L'inconscient», OCF.P, XIII, p. 242).

Lo que nunca es más que la reedición de esa vieja idea ya presente en la célebre carta citada anteriormente –sobre la cual Jean Laplanche a menudo llamó nuestra atención –donde puede leerse que:

... el fracaso de *traducción* es lo que en clínica llamamos *represión* (soy yo quien subraya), idea que encontramos también en *La interpretación de los sueños* (1900), según la misma metáfora de la traducción:

Un pensamiento inconsciente intenta hacerse *traducir en el preconscious* para, luego, penetrar a la fuerza en la consciencia (soy yo quien subraya).

El texto de 1915 sobre «El inconsciente» continúa sin ninguna ambigüedad:

Comprendemos que la conexión con representaciones-palabra no coincide con el devenir-consciente sino que únicamente lo vuelve posible; de modo que ella solo caracteriza al sistema Pcc. (p. 243).

En «Duelo y melancolía» repite nuevamente que:

El inconsciente es «el reino de las huellas mnémicas de cosa (por oposición a las investiduras de palabras)» (OCF.P, XIII, p. 278).

Se sobreentiende que éstas últimas tienen por «reino» al preconscious. Y cuando en 1925 Freud reedita *La interpretación de los sueños*, recuerda en una nota a pie de página (p.518) que su concepción de la represión se consolidó desde que reconoció que el carácter esencial de una representación consciente es su relación con los restos de las representaciones verbales, antes de remitir al artículo ya citado de 1915 sobre «El inconsciente».

2. El extravío lacaniano

Resumiendo, es demasiado fácil probar la evidencia, a saber, que a lo largo de toda su obra *Freud siempre localizó a las representaciones- palabra en el sistema preconscious*. Si estoy obligado a recordar este lugar común es porque, desde la década

de 1950, Lacan no dejó de introducir la confusión más extrema en torno a esta cuestión, al punto que numerosos neófitos, habiendo leído solo a Lacan, siguen estando persuadidos de que Freud ubicaba sin ambages a las palabras en el inconsciente. De esto da prueba recientemente, con una franqueza poco común, un analista francés que recuerda sus comienzos en el medio psicoanalítico:

...Cuando uno se ha formado analíticamente en Francia en un ambiente lacaniano, uno se frota los ojos cuando, al volver a Freud, lee con todas sus letras que las representaciones-palabra no tienen lugar en el inconsciente, que ahí solo tienen lugar las representaciones-cosa. Entonces una de dos: o bien Freud dice cualquier cosa (hipótesis que, por mi parte, descarto), o bien somos víctimas de lo que podría llamarse, parafraseando a Jean Laplanche, el extravío lacaniano. Digo bien: *extravío*, y no simplemente *error* (6).

En efecto, «errar» sería perdonable: cualquiera puede equivocarse, mientras que «extraviar», al menos como transitivo, implica la idea de arrastrar a los otros consigo en el mismo error. De eso se trata en este caso particular, pues es impensable que Lacan haya ignorado la posición invariable y muchas veces reiterada de Freud sobre este punto. Por lo demás, veremos que las raras explicaciones que Lacan aporta con desgano sobre esta cuestión nodal, no dejan ninguna duda al respecto: en este caso Lacan sabe que no es freudiano.

Aún cuando algunos de sus oyentes se cuestionarán sobre ello muy rápidamente (volveré sobre esto), la mayoría, y tal vez los más brillantes, no irá a verificar lo que Freud decía verdaderamente: un discurso tan seductor imponía confianza. Es así, por ejemplo, que un espíritu tan erudito y penetrante como François Tosquelles llegará a escribir en todo candor:

Habíamos entendido *la frase de Freud*, el inconsciente está estructurado como un lenguaje, como una imagen freudiana para hacerse entender mejor, sin captar que se trataba de la estructura misma de la realidad psíquica (7) (Soy yo quien subraya).

Un lector de Freud poco cuidadoso podrá pensar que la cuestión de saber si las palabras se encuentran en el preconscious o en el inconsciente importa poco, y que esta discusión tiene un aspecto de controversia sobre el sexo de los ángeles. Ahora bien, no se trata en absoluto de una cuestión accesorio para el pensamiento psicoanalítico: por el contrario, ella es determinante tanto en el plano teórico como en el plano clínico, especialmente a propósito de la interpretación.

Desde este punto de vista, el ejemplo de la interpretación de los sueños es muy esclarecedor. A partir del análisis de sueños, Freud extrae una concepción «estratificada» del aparato psíquico: éste incluiría por lo menos un nivel inconsciente y un nivel preconscious, que estarían separados por lo que llama una «censura». Ciertos pensamientos, o más bien deseos que pudieron ser concientes en el estado de vigilia, deben someterse a una «traducción» según el modo de expresión del sueño, que utiliza de manera electiva las representaciones-cosas. Esta «traducción» en imágenes es lo que Freud llama «trabajo del sueño», trabajo que compara a la creación de un jeroglífico o, dicho de otro modo, a la conversión de una secuencia lingüística en representaciones-cosa.

Los primeros pensamientos del sueño que se descubren por el análisis a menudo sorprenden, en efecto, por su disposición inhabitual; no parecen presentarse en las formas lingüísticas sobrias de las que por lo general se sirve nuestro pensamiento; por el contrario, son representadas de una manera simbólica por comparaciones y metáforas, en cierto modo en una lengua poética y gráfica (8).

Si interrumpimos aquí esta cita, podría encontrarse algún lector inclinado a «comprender» que Freud ve al soñante como un «poeta», es decir, alguien que se expresaría *con palabras*, palabras metafóricas –ciertamente- ¡pero palabras! Este lector nos explicará que cuando Freud emplea el término «imagen», es en el sentido en que decimos que toda metáfora «hace imagen» [*«fait image»*] y que, por lo tanto, el sueño tomaría prestado un lenguaje «gráfico», pero en el sentido lenguajero del término. Así, se haría decir a Freud que las palabras, y sobre todo los significantes, pertenecen al sistema inconsciente.

Por lo demás, no hay ninguna necesidad de inventar un lector de ficción: el propio Lacan, en su artículo más conocido, no teme afirmar al mismo tiempo – sin que ello le parezca paradójico- que el sueño es comparable a un jeroglífico y que su estructura está hecha de lenguaje, ¡puesto que el jeroglífico se deja traducir en lenguaje! Ello es leer a Freud exactamente al revés, porque éste último compara el trabajo del sueño con la *producción* de un jeroglífico a partir de una frase –por lo tanto su «traducción» en imágenes- mientras que Lacan habla de la operación inversa, aquélla de la «lectura» del jeroglífico.

Como las figuras sobrenaturales del barco en el techo o del hombre con cabeza de *virgule*, expresamente evocadas por Freud, las imágenes del sueño solo deben recordarse por su valor de significantes, es decir, por *lo que permiten deletrear del «proverbio»* propuesto por el jeroglífico del sueño. Esta estructura de lenguaje, que hace posible *la operación de la lectura*, está en el principio de la significancia del sueño, de la *Traumdeutung* (9) (Yo subrayo).

¡Peor! En este mismo artículo, Lacan avanza un paso más en esa dirección totalmente equivocada, pues él mismo propone otra comprensión «gráfica», siempre para referirse al trabajo del sueño:

Decimos que el sueño es comparable a ese juego de salón en el que se debe hacer adivinar a los espectadores un enunciado conocido únicamente a través de una puesta en escena muda (10).

Un lector un poco ingenuo podría creer que está frente a un pasaje donde Lacan ¡por fin se atendería a la teoría de Freud! De hecho, una «puesta en escena muda», sugerida por gestos y mímicas, depende de representaciones-cosas y no de representaciones-palabras. Pero cuando se tiene más experiencia leyendo a Lacan ya no se espera eso: uno se pregunta, más bien, qué pirueta usará para restablecer a su querido significante lingüístico ¡y asegurar que lo único que hace es repetir a Freud! Ello ocurre incluso en los contextos menos propicios, como aquí. Continuemos la lectura de su artículo:

Que el sueño dispone de la palabra no cambia nada, ya que para el inconsciente ella es solo un elemento más de puesta en escena. El juego y el sueño solo prueban que son una cuestión de escritura y no de pantomima cuando tropiezan con material taxativo para representar las articulaciones lógicas de la causalidad, la contradicción, la hipótesis, etc. Los procedimientos sutiles que el sueño revela emplear para representar sus articulaciones lógicas, de una forma

mucho más artificial que la que generalmente encontramos en el juego, son para Freud el objeto de un estudio especial donde, una vez más, se confirma que el trabajo del sueño sigue las leyes del significante (11).

Salgamos de este paréntesis y retomemos el texto de Freud donde lo dejamos, después de que nos habla del trabajo del sueño en términos «gráficos». Freud también va a proponernos una comparación, pero en ella queda claro que las palabras son retraduccionen en un lenguaje *no lingüístico*, un «lenguaje» que, por lo tanto, no podría seguir *a priori* «las leyes del significante».

El contenido del sueño consiste casi siempre en situaciones visualizables; por lo tanto, los pensamientos del sueño deben recibir primero una acomodación que los vuelva utilizables por este modo de figuración. Por ejemplo, imaginemos que se nos pide reemplazar las frases de un editorial político o de un alegato ante un tribunal por una serie de dibujos; entonces comprendemos fácilmente las modificaciones que el trabajo del sueño debe hacer *para tener en cuenta la figurabilidad en el contenido del sueño* (12) (Es Freud quien subraya).

En efecto, si el trabajo del sueño solo descansa en las palabras, ¿por qué tendríamos necesidad (con Freud) del concepto de «figurabilidad» (13). Tenemos ahí una pregunta que sigue esperando respuesta. Freud parte más bien de la existencia de representaciones-cosa en el inconsciente y, si se lee de buena fe, es absolutamente imposible hacerle decir lo contrario.

Ciertamente, puede ocurrir que representaciones-palabra se encuentren reprimidas en el inconsciente (olvido de palabras): en este caso –Freud lo repite muchas veces– esas palabras son tratadas como representaciones-cosa, lo que significa especialmente que, de ser estructuras «cerradas», se vuelven estructuras «abiertas» (ver nuestro Anexo I) (14). Por lo demás, es por ello que estas representaciones-palabra (que entonces han perdido temporalmente ese estatuto) pueden ser desglosadas en fonemas, reensambladas, condensadas, reordenadas, etc., como membretes o juegos de cubos: como cosas.

Siempre en ese famoso artículo sobre «El inconsciente», Freud evoca ese cambio de estructura a propósito de la esquizofrenia, que compara al sueño:

En la esquizofrenia las palabras son sometidas al mismo proceso que crea las imágenes del sueño a partir de pensamientos latentes del sueño, y que hemos llamado proceso psíquico primario (p. 239).

Y en «Complemento metapsicológico a la doctrina del sueño» [«Complément métapsychologique à la doctrine du rêve», p. 253] precisa una vez más:

Por *La interpretación de los sueños*, conocemos la forma en que procede la regresión de los restos diurnos preconscientes en la formación del sueño. Los pensamientos son transformados en imágenes –en su mayor parte visuales–, de modo que las representaciones-palabra son reducidas a las representaciones-cosa correspondientes, como si una toma en consideración de la *presentabilidad* dominara el conjunto del proceso.

3. El inconsciente estructurado como...

En resumen, es notable que Freud no deja de asociar el lenguaje a los procesos secundarios, al preconsciente y al devenir consciente. En un sentido, ello justifica plenamente la insistencia de Lacan en recordar la posición central del lenguaje en la cura psicoanalítica, pero ciertamente no en el sentido de que el inconsciente tendría directamente la posibilidad de la palabra: más bien en el sentido de que se trata de ofrecer al paciente un marco óptimo donde podrá «traducir» en palabras sus representaciones-cosa o encontrar al fin «las palabras para decirlo», según la feliz expresión de Marie Cardinal. Ningún psicoanalista puede dejar de adherir a este proyecto de *verbalización*, y no dudamos que ese consenso debe mucho a Lacan, a su «Discurso de Roma» y a su preocupación por recentrar el freudismo en el lenguaje. Pero todo ello no implica en absoluto que las representaciones-palabras pertenezcan al sistema inconsciente, todo lo contrario.

Mientras se conserva el «como» en la proposición según la cual «el inconsciente está estructurado como un lenguaje» -fórmula repetida cientos de veces como un hechizo durante los seminarios-, la gran mayoría de los psicoanalistas freudianos de las diferentes escuelas están dispuestos a aceptarla o, por lo menos, a discutirla. En efecto, la experiencia analítica hace «sentir» una suerte de íntima coherencia en todo analizando, coherencia que puede parecerse a una configuración estructural, organizada y, por qué no, hasta cierto punto administrada *como* un lenguaje. Tenemos ahí una analogía que puede sostenerse y que es posible encontrar, en diversas formas, en el propio Freud. Presento dos ejemplos:

a) Sin duda, el concepto muy poco empleado de *determinismo psíquico* permitiría dar crédito a un inconsciente freudiano estructurado como un lenguaje. Ignoro por qué este concepto tiene mala prensa (15). Podemos entender esta desconfianza si se trata de hablar de los actos psíquicos en términos de una causalidad simple. Pero yo nunca he leído semejante simplificación en Freud. Si él no teme dedicar el último capítulo de su *Psicopatología de la vida cotidiana* al determinismo psíquico es, sobre todo, porque le interesa afirmar que *todos los actos psíquicos –sueños, síntomas, lapsus, actos fallidos y, especialmente, ocurrencias- tienen un sentido inconsciente*, incluso en el caso en que se pide a alguien decir una lista de números «al azar», porque justamente sus respuestas no deben nada al azar. Para Freud, el determinismo psíquico es *la apuesta por el sentido contra la incoherencia*, por ejemplo contra quienes aún hoy creen que los sueños son producto de la agitación desordenada de impulsiones cerebrales durante el dormir. Así, puede decirse que Freud es estructuralista *avant la lettre*: su aparato psíquico está estructurado y, puesto que en él circula el sentido, ¿por qué no comparar esa estructura con un lenguaje? Tenemos ahí una comparación que, sin forzar los textos, me parece sostenible, en los límites propios a toda comparación.

b) De una manera distinta, más parcial, los *fantasmas inconscientes* que Freud concibe como «altamente organizados», y cuya organización compara a aquélla del preconsciente, también pueden contribuir a fundamentar la famosa comparación lacaniana:

Entre los retoños de las mociones pulsionales inconcientes que tienen el carácter descrito, están los que reúnen en ellos determinaciones opuestas. Por un lado, aparecen altamente organizados, exentos de contradicción; han aprovechado todo lo adquirido por el sistema Cc y nuestro juicio apenas los distinguiría de las formaciones de ese sistema. Por otro lado, son inconcientes y no pueden devenir concientes. De modo que cualitativamente pertenecen al sistema Pcc pero, de hecho, pertenecen al Icc [...]. Uno no puede dejar de compararlos a los mestizos de las razas humanas que, en general, se parecen ya a los blancos, pero que revelan su ascendencia de color por algún rasgo llamativo y, por tal razón, permanecen excluidos de la sociedad y no gozan de ninguno de los privilegios de los blancos. De esta índole son, tanto en los normales como en los neuróticos, las formaciones de la fantasía, que hemos reconocido como estados preliminares tanto de la formación del sueño como de la del síntoma y que, a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas y, en tanto que tales, no pueden devenir concientes (16).

Este pasaje permite pensar que al menos *una parte del inconciente puede considerarse estructurada como el preconciente*, siendo éste, como hemos visto, el lugar psíquico del lenguaje. Pero ello no resuelve la cuestión de saber si lo que se aplica a los fantasmas originarios se aplica también a toda la extensión del inconciente: aún hoy se discute mucho al respecto. Y cuando se aborda la segunda tópica y uno debe pronunciarse sobre la naturaleza, estructurada o no, del Ello, las opiniones negativas parecen prevalecer.

Pero si se tratara únicamente de eso no podríamos hablar de «extravío lacaniano»: lo que resulta problemático es la cuestión del estatuto tópico, del «lugar» psíquico del lenguaje. Lacan –que se cuida mucho de no abordar esta cuestión– no deja de alternar las proposiciones moderadas con las aserciones más contrarias a los textos de Freud, sin dejar de reclamarse freudiano. Veamos, por ejemplo, tres páginas del Seminario del 14 de marzo de 1956 (*Seminario III*):

-Página 185: nos topamos con una afirmación absolutamente inadmisibles para quien conozca la «doctrina freudiana», que, sin embargo, se da por sentada:

El análisis aportó una gran luz sobre lo preverbal. En la doctrina analítica, está esencialmente ligado al preconciente.

¿Qué analista freudiano podría apoyar esta afirmación? No se presenta ninguna referencia bibliográfica, ¡y me gustaría mucho que alguien la encuentre! Pero incluso si existiese, ella sería la excepción y no podría representar a la «doctrina» freudiana, que constantemente enuncia justamente lo contrario, a saber, que el preconciente no está constituido por lo «preverbal» sino por lo verbal.

Luego Lacan evoca lo Imaginario y sus contenidos antes de criticar un «error grosero» de la escuela psicoanalítica americana, que pretende que «debe haber alguna relación entre la neurosis y la psicosis, entre el preconciente y el inconciente». Error «tanto más grosero», protesta Lacan, cuanto que:

No hay nada sobre lo que Freud insista más que sobre la diferencia radical entre el inconciente y el preconciente (p. 186-187).

Una afirmación como esa solo puede dejar indiferentes a *aquéllos de sus oyentes que nunca han leído a Freud*. Los demás recordarán, entre otros, este pasaje:

No sería exacto imaginar que el Icc permanece en reposo [...] o afirmar que el comercio entre los dos sistemas se limita al acto de la represión [...] Por el contrario, el Icc está vivo; puede desarrollarse y *mantiene con el Pcc una gran cantidad de relaciones*, por ejemplo aquélla de la cooperación. En resumen, debemos decir que el Icc se extiende a los llamados retoños, se deja alcanzar por los hechos de la vida, ejerce una constante influencia sobre el Pcc y, a su vez, está sometido a su influencia (p.230-231). (Soy yo quien subraya).

Este texto es un extracto del artículo sobre «El inconciente» titulado justamente: «El comercio entre los dos sistemas» (17), y el pasaje que le sigue es precisamente aquél sobre los fantasmas inconscientes «altamente organizados». Así, la contradicción deviene tal que, si Lacan quiere a como de lugar conservar la impermeabilidad de los sistemas Pcc/Icc, entonces debemos renunciar a ilustrar la estructuración del inconciente a través de los fantasmas originarios, ya que para Freud esos fantasmas «altamente organizados» son justamente una prueba del «comercio entre los dos sistemas», es decir, de la relativa permeabilidad de la censura.

Lacan prosigue comentando su célebre fórmula:

Si digo que todo lo que pertenece a la estructura analítica tiene estructura de lenguaje, ello no quiere decir exactamente que el inconciente se expresa en el discurso. La *Traumdeutung*, la *Psicología* [sic] *de la vida cotidiana* y el *Chiste* lo vuelven transparente. Ninguna elaboración de Freud es explicable a menos que veamos en el fenómeno analítico como tal, cualquiera que éste sea, no un lenguaje en el sentido de un discurso –nunca he dicho que fuera un discurso–, sino algo estructurado como un lenguaje (p. 187).

Esta proposición en forma de aclaración se puede considerar como moderada, incluso tranquilizadora: Lacan insiste en el «como» y no hace decir a Freud nada que no hubiera dicho. Esto no dura más que ¡una página! Después de un desarrollo sobre el «signo» y la «huella», Lacan retoma su estilo inimitable:

Pero en la medida en que *forma parte del lenguaje*, el significante es un signo que remite a otro signo, que como tal está estructurado para significar la ausencia de otro signo, es decir, para oponerse a él en una pareja [...] Este carácter del significante marca de manera *esencial todo lo que es del orden del inconciente*. La obra de Freud, con su enorme base filológica que interviene incluso en la intimidad de los fenómenos, es absolutamente impensable si no se coloca en primer plano *la dominancia del significante* en los fenómenos analíticos (p.188) (Soy yo quien subraya).

Una vez más, los oyentes de ayer (y los estudiantes de hoy) que hayan escuchado (o leído) ese discurso no dudarán –como en su tiempo el querido Tosquelles (*supra*)– de que para Freud ¡solo había significante a propósito del sistema inconciente! Como siempre, Lacan procede por afirmaciones intempestivas, repite incansablemente la misma fórmula y asegura que Freud nunca dijo otra cosa. Naturalmente ello no es así, pero muchos lo creyeron y aún lo creen. Como escribía recientemente Jacques André:

Una de las figuras más redundantes de la retórica de Lacan es hacer decir a Freud lo que él mismo afirma (18).

Y si en la década de 1950 podía «funcionar» una estrategia tan tosca es porque, después de su célebre exhortación a un «retorno a Freud», ¡Lacan se dirigía a quienes nunca lo habían leído! Hay que decir que la traducción francesa de la obra de Freud todavía era muy deficiente, cosa que hoy en día ya no sucede.

4. El Coloquio de Bonneval

Sin embargo, no todos se dejaron engañar. En los años 1958-1959, un número creciente de psicoanalistas no dejarán de llamar la atención de Lacan sobre varios textos donde Freud asignaba constantemente el lenguaje al preconscious y no al inconsciente. El VI Coloquio de Bonneval (19), del 30 de Octubre al 2 de Noviembre de 1960, ciertamente marca el tiempo más intenso de esta controversia y, en la medida en que no ha sido del todo disipada, vale la pena detenernos un poco en ella.

Henry Ey, importante figura de la psiquiatría francesa de la época, organizaba esporádicamente un coloquio en torno a una cuestión central: aquel año se trataba de «El inconsciente». Las actas, publicadas en 1966, reunían las comunicaciones de André Green, René Diatkine y Conrad Stein, así como las de dos filósofos (Alphonse de Waelhens y Paul Ricoeur), un sociólogo (Henri Lefebvre) y, por supuesto, numerosas figuras importantes de la psiquiatría: Georges Lantéri-Laura, Sven Follin, Claude Blanc, Eugène Minkovski, René Angelergues y François Tosquelles, especialmente. Lacan también se encontraba presente, pero no estaba previsto que pronuncie una conferencia.

De hecho, ese coloquio memorable girará esencialmente alrededor de la cuestión de la tópica, del lugar psíquico del lenguaje, y es a Jean Laplanche y a Serge Leclaire a quienes les toca pronunciar la comunicación central, que pone a Lacan entre la espada y la pared. Ese texto se titula «El inconsciente: un estudio psicoanalítico» y ocupa 85 páginas de las Actas del coloquio, incluyendo la discusión. Se lo encuentra íntegramente –aunque sin la discusión– en las *Problemáticas IV* (20) de Jean Laplanche.

Ante la intensidad de las polémicas –Henri Ey se disculpa en el prefacio por el hecho de haber podido permitir «que ese simposium se vuelva un circo»– Laplanche se verá obligado a desmentir que su texto había sido escrito *a posteriori*, como lo insinúa Lacan en su texto-respuesta (p. 161), cuando es su propio texto el que fue redactado cuatro años después, a pedido de Henri Ey. Y para que se sepa bien quién dijo qué, Laplanche precisará las secciones de su comunicación que son de su pluma y aquellas que fueron escritas por Serge Leclaire. Menciono todo esto para dar una idea de la atmósfera cargada de la época.

Esta comunicación central sigue siendo de actualidad y, mientras se mantenga la confusión entre lo que dice Lacan y lo que verdaderamente dijo Freud, lo seguirá siendo. Aún hoy hay que remitirse a ella para comprender el psicoanálisis francés contemporáneo.

La referencia más importante de los conferencistas, además de la clínica (ver el análisis del, desde entonces célebre, sueño del unicornio, que debemos a Leclaire), es ese ineludible artículo de los escritos metapsicológicos: «El inconsciente»:

El texto de Freud sobre «El inconsciente» enmarca de manera tan rigurosa el tema propuesto, que sin duda podríamos contentarnos con seguir, comentándolas, todas sus etapas (p.103).

Laplanche esboza este programa antes de dar paso a la clínica. Luego lo retoma para decir lo que cualquiera puede leer en el texto, aunque sea, como dice Jean Marc Dupeu, «frontándose los ojos»:

El análisis precedente conduciría, siguiendo a Lacan, a identificar eso que Freud llama el proceso primario, la libre circulación de la energía libidinal según las vías del desplazamiento y la condensación, con las leyes fundamentales de la lingüística.

Quedándonos en esta concepción demasiado simple tropezaríamos con las más graves objeciones, y es en el propio texto de Freud donde las encontramos expuestas de la manera más clara. En efecto, Freud habló explícitamente del lenguaje, pero *lo que pone en relación con el lenguaje es esencialmente el sistema preconsciente* y el proceso que lo caracteriza: *el proceso secundario* que, precisamente, opone sus diques y sus rodeos al libre juego de la energía libidinal (p. 115).

Laplanche cita los textos que he recordado antes. Incluso intentará –y Leclaire más todavía- volver compatibles hasta donde sea posible la teoría lacaniana y el corpus freudiano. Pero en la discusión general que sigue, todos los analistas que intervienen coinciden por lo menos en el punto que nos interesa aquí:

-Conrad Stein: «Estoy de acuerdo con los conferencistas en que el inconsciente es tan real como el preconsciente; que son a la vez letra y sentido a condición de que la letra del inconsciente no sea la misma que la del preconsciente; que el inconsciente está estructurado como un lenguaje *a condición de que ese lenguaje no sea la lengua* [...]. No creo que las palabras constituyan la parte más esencial del inconsciente, ni que los elementos constitutivos del inconsciente se articulen según la gramática de la lengua. Creo, más bien, que los elementos del inconsciente son representaciones de pulsiones que, en la medida en que son del orden del lenguaje, estarían ligados a fenómenos, o tal vez a grupos de fenómenos, pero nunca a palabras en tanto que tales [...]. Se puede decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje a condición de reconocer que ese lenguaje posee unas características particulares que lo diferencian radicalmente de la lengua, características que hacen que nos sea difícil traducirlo en la lengua» (p. 134-136) (Yo subrayo).

-André Green: «Destaquemos inmediatamente que lo que se afirma no es que la estructura del inconsciente es la del lenguaje, sino que éste está estructurado *como* aquél. Desde entonces se plantea el problema del límite de estas comparaciones y de su legitimidad» (p. 144). [Luego Green reprocha a los conferencistas haber cedido en otros puntos, especialmente haber abandonado el punto de vista económico (fundamental para Freud), así como haber descuidado las distinciones freudianas de los diversos tipos de representaciones psíquicas]. «Ahora bien, Laplanche y Leclaire, en su deseo de reducción a lo simbólico, no marcan claramente la distinción entre representaciones de cosas y representaciones de palabras y anulan su diferencia al reducirlas al significante» (Desde ahora, los textos entre corchetes serán mis comentarios de las citas).

En su respuesta final, Leclaire justificará su texto diciendo que, en efecto, el punto de vista económico ya casi no le parece pertinente. Más bien, estará de acuerdo con Stein, de quien citará el pasaje aludido precisando: «suscribo lo que dice» (p. 171).

Lebovici y Diatkine solo evocarán la cuestión del lenguaje en la discusión de su propia comunicación, y será para expresar su profundo desacuerdo con una concepción del desarrollo psíquico del niño que se forja bajo la férula del significante. Ellos son, sobre todo, los únicos que recordarán al olvidado de este Coloquio, el pobre

«significado», señalando que «el significante solo puede organizarse al mismo tiempo que el significado» (p. 91).

El único que apoyará incondicionalmente a Lacan (tal vez con Leclaire, cuyas posiciones no parecen suficientemente definidas (21)) es François Perrier, que ya estaba muy comprometido con la causa lacaniana.

¿Qué fue de la respuesta de Lacan? Y bien, en una escena que ningún director de comedia italiana se hubiese resistido a rodar, el magnetófono del Coloquio se descompone ¡en el momento de su intervención! Como dijimos, la «respuesta» de Lacan fue redactada cuatro años más tarde: el contexto de Bonneval ya estaba lejos y su texto no respondía en absoluto a la cuestión tópica del lenguaje. Se lo puede encontrar en los *Ecrits* con el título: «Position de l'inconscient» (p. 829-850).

5. Lo sé perfectamente, pero aún así...

Lo cierto es que Lacan había evitado responder a los objetores de Bonneval ¡un año antes de Bonneval! En efecto, el 2 de Diciembre de 1959, en el Seminario de Lacan, Pontalis había pronunciado una exposición que abordaba la cuestión de la tópica freudiana. La semana siguiente —o sea el 9 de Diciembre de 1959- Lacan intenta una respuesta:

Y así mismo habrán podido notar, por ejemplo en las recientes declaraciones de M.Lefèvre-Pontalis, la citación, en su caso meritoria puesto que no sabe alemán, de términos en cuya exposición hace intervenir la agudeza para plantear la cuestión, diría, contra mi doctrina. Se trata de ese pasaje del artículo de Freud, «El inconsciente», donde la representación-cosa, *Sachvorstellung*, se opone en cada momento a la representación-palabra, *Wortvorstellung* (*Séminaire VII*, p.56).

Manifiestamente, Pontalis se había anticipado a los expositores de Bonneval apoyándose en el mismo texto de Freud: el artículo de 1915 sobre «El inconsciente». Lacan prosigue:

Hoy no entraré en la discusión [la cual no será abordada jamás] de lo que permitiría responder a ese pasaje a menudo invocado, al menos como un punto de interrogación [lo que es un lítote], por aquéllos de ustedes a quienes mis lecciones incitan a leer a Freud [lo que Lacan, que enseñaba un «retorno a Freud», no debería temer] y que les parece oponerse al acento que pongo en la articulación significante como lo que aporta la verdadera estructura del inconsciente.

Luego de todos estos rodeos, Lacan finalmente aborda, aunque por encima, la cuestión del lugar psíquico de las representaciones-palabra en Freud:

Ese pasaje parece ir en contra de lo que propongo, al oponer la *Sachvorstellung*, como perteneciente al inconsciente, a la *Wortvorstellung*, como perteneciente al preconscious. Solo quisiera pedirles a aquéllos de ustedes que detienen ahí —tal vez la mayoría de ustedes no van a comprobar en los textos de Freud [el tono se vuelve casi amenazante] lo que les planteo aquí en mi comentario- que lean de un tirón, de corrido, el artículo «Die Verdrängung», «La represión»,

que precede al artículo sobre el inconsciente y luego ese artículo mismo, antes de llegar a ese pasaje [es precisamente el recorrido que siguieron Laplanche y Leclaire en Bonneval].

Para los otros [por lo tanto para quienes no consideren útil leer a Freud], indico que *se relaciona expresamente con el problema que plantea a Freud la actitud esquizofrénica, es decir, la prevalencia extraordinaria, manifiesta, de las afinidades de palabras en lo que podría llamarse el mundo esquizofrénico* (Séminaire, VII, p.56).

Subrayo esas últimas líneas, ¡que merecen ser resaltadas en rojo! Porque uno puede leer y releer una y otra vez el artículo de Freud en cuestión «frotándose los ojos»: es absolutamente imposible atribuir a los esquizofrénicos, o al «mundo esquizofrénico», la localización del lenguaje en el preconscious.

Es verdad que Freud, en los párrafos que preceden al tema de la esquizofrenia – y, efectivamente, es analizando cómo las palabras son tratadas por esos pacientes que adquiere esta certeza que presenta como una súbita revelación- recuerda lo siguiente:

He aquí que de pronto creemos saber en qué se diferencia una representación consciente de una representación inconsciente [...] La representación consciente está formada por la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, la inconsciente es la representación-cosa sola. El sistema Icc contiene las investiduras de cosa de los objetos, las primeras y verdaderas investiduras de objeto; el sistema Pcc aparece por el hecho de que esa representación-cosa es sobreinvertida por la conexión con las representaciones-palabra correspondientes [...] Ahora también podemos formular con precisión lo que, en *las neurosis de transferencia*, la represión rehúsa a la representación: *la traducción en palabras...* («L'inconscient», OCF.P, XIII, p. 242) (Soy yo quien subraya).

A decir verdad, esta revelación es solo una reminiscencia, porque Freud no hace más que redescubrir la idea de que las palabras forman parte del consciente-preconscious. También aquí, como en toda su obra, este punto de vista tópico es inmediatamente relacionado a la *neurosis de transferencia*, es decir, a la neurosis y evidentemente no a la esquizofrenia. La discusión sobre el lenguaje de la esquizofrenia de ningún modo puede servir de pretexto para atribuir a esta patología lo que Freud dice sobre la «neurosis de transferencia». Su razonamiento es claro: el hecho de que el esquizofrénico trata a las palabras como cosas le hace comprender de repente, *por contraste*, que el neurótico las aparta por la represión, es decir, reprimiendo las representaciones-cosa *solas* «en el reino del inconsciente». Y si acaso el neurótico debe reprimir palabras, entonces –como dije antes- ellas son *tratadas como representaciones-cosa*, como también ocurre en el caso del sueño. De ahí la redefinición de represión –y ¿quién reprime si no el neurótico?- como una falta de «traducción en palabras».

La lectura groseramente equivocada de Lacan no puede atribuirse a un descuido: responde a los fundamentos de su teoría del significante en sus relaciones con el inconsciente. Si Lacan hubiese tomado en serio esa gran cantidad de textos freudianos en los que se apoyaban algunos de sus discípulos para confrontarlo incesantemente, toda su teoría lingüístico- psicoanalítica se hubiera venido abajo inmediatamente. De ahí, también, esa corta respuesta equivocada del Seminario VII, acompañada por un tono amenazante destinado a disuadir a quienes tuvieran la presunción de verificar lo que Freud realmente dijo.

Lacan percibe tan bien el peligro que, a pesar de todo, cinco minutos después – en el mismo Seminario del 9 de Diciembre de 1959- hará una breve y, hasta donde sé, única concesión:

Luego tal vez tengamos la ocasión de volver sobre este texto, pero observen que en la solución que parece proponer, oponiendo la *Wortvorstellung* a la *Sachvorstellung*, hay una dificultad, un *impasse*, que el propio Freud señala [pero buscaremos en vano ese pasaje], y que se explica por el estado de la lingüística de su época. No obstante, comprendió admirablemente y formuló la distinción que debe hacerse entre la operación del lenguaje como función, a saber, en el momento en que se articula y, *en efecto, desempeña, un rol esencial en el preconsciente*, y la estructura del lenguaje, según la cual se acomodan los elementos que actúan en el inconciente (p. 57) (Yo subrayo)..

No necesito decir que el *distinguo* lenguaje como función/lenguaje como estructura, ¡no debe nada a la pluma de Freud! Más bien recordemos un tipo de razonamiento que pronto encontramos en nuestro camino. Ahí reconocemos el proceder descrito por Freud del «lo sé perfectamente...pero aún así...» que, en este caso, explicitamos como sigue: «Sé perfectamente que Freud ubica las palabras en el preconsciente pero, aún así, hagamos como si las hubiera ubicado en el inconciente».

El diletantismo no dicho

Para ser absolutamente claro, debo decir que me parece perfectamente posible que Freud se haya equivocado en este asunto de la tópica del lenguaje. Después de todo, no sería la primera vez que habría que discrepar con Freud. También podría ocurrir que Lacan tenga razón contra Freud: tampoco sería la primera vez. De modo que, aunque basándome en mi propia experiencia me parece que es más bien Freud quien está en lo cierto, desde luego puedo entender que otros psicoanalistas se inclinen por la hipótesis lacaniana. El verdadero problema no se encuentra ahí. Lo que me parece inadmisibles es que, a propósito de este punto de la teoría, se diga que Lacan repite a Freud y que Freud anuncia a Lacan. Sobre esta cuestión, la prueba de realidad de los textos es despiadada. La pobreza de la respuesta de Lacan ante las objeciones de una parte de la comunidad analítica, así como los procedimientos indignos movilizados en esa ocasión (intimidación, mentira, aplazamiento a las calendas griegas y luego silencio obstinado...) apuntan en la misma dirección: Lacan sabe que juega sucio porque no ignora que freudianamente está equivocado. Ahora bien, si en ese momento hubiese dejado de reclamarse freudiano, su teoría hubiera podido fundar, por escisión, una nueva escuela psicoanalítica como tantas otras, ¡pero no una escuela freudiana! Al no imaginar separarse, al menos en esa época, de la tutela de Freud, en este punto de su teoría Lacan quedaba atrapado en la estafa intelectual, y no dudo de que él fue el primero en ser consciente de ello. Digo esto, además, sin acrimonia, porque creo que esa fue la única vez en que Lacan llegó tan lejos en su mala fe. Ello sobre todo testimonia la importancia de lo que se juega teóricamente en esta cuestión.

Desde hace algunas décadas, la aproximación psicoanalítica (y también la sistémica) a las patologías familiares nos ha enseñado los daños considerables que pueden causar los secretos de familia y eso que llamamos, más precisamente, lo «no dicho». Ahora bien, lo que denuncio aquí a propósito de la tópica de las

representaciones-palabra en Freud y Lacan, todos los psicoanalistas lo saben tan bien como yo. Tampoco ignoran, por su experiencia clínica, los graves daños que causa lo «no dicho» en cualquier organización humana; sin embargo, pocos se toman el trabajo de denunciar claramente el extravío que aquí nos ocupa, como si se tratase de un acontecimiento vergonzoso que debe permanecer silenciado. ¿Por qué no liberar al psicoanálisis, incluido el lacaniano, de esta lectura de Freud tan evidentemente equivocada y que abusa de los lectores desde hace cerca de medio siglo? ¿Nuestra disciplina está eternamente condenada a arrastrar tras de sí unas cacerolas cuyos estruendos resuenan mucho más allá del pequeño mundo cerrado –imprudentemente demasiado cerrado, según Derrida- del psicoanálisis y su imagen? Para destacar una consecuencia nefasta, entre varias otras, de este «no dicho», agregaré esto: ¿cómo podemos esperar dialogar tranquilamente con otras disciplinas si lo que mostramos es que nos aferramos a unas ideas falsas que desde hace décadas hacen reír a carcajadas a lingüistas, a críticos y a una gran cantidad de eruditos que saben leer a Freud y a Lacan tan bien como los psicoanalistas (o tal vez mejor que ellos)?

El problema no es nuevo. Freud percibió muy pronto el diletantismo de sus discípulos cuando estos se aventuraban en otros dominios:

Los problemas son innumerables, pero muy pocos los trabajadores preparados para afrontarlos. Además, la mayoría están obligados a dedicarse a otras ocupaciones y, para resolver los problemas que se salen del marco de su especialidad, solo cuentan con *una preparación de diletantes*. Por lo demás, si esos trabajadores provienen del psicoanálisis no intentan ocultar su diletantismo, y su única ambición consiste en allanar el camino a los especialistas, en marcar su lugar, en recomendarles utilizar las técnicas y los postulados del psicoanálisis en el momento en que quieran ponerse a trabajar (22) (Soy yo quien subraya).

Temo mucho que el diletantismo, que todavía existe, en verdad solo sea un mal menor, porque según ciertos colegas lo que se descubre es más bien la arrogancia, que se revela especialmente eficaz para aislar al psicoanálisis en una verdadera fortaleza cerrada que, no hace mucho, Jacques Derrida denunciaba (p. 215) siguiendo a Laplanche.

Pero volvamos a la disputa que nos ocupa aquí. Se presentaron otras ocasiones en las que Lacan pudo volver sobre el espinoso tema del «lugar» psíquico del lenguaje: lo evitará cuidadosamente. Pienso, por ejemplo, en la entrevista de Anika Lemaire, quien, para su tesis, vuelve continuamente sobre la cuestión de la localización del lenguaje. Ahí resume muy completamente la conferencia de Laplanche y Leclair en Bonneval y circunscribe el problema en una frase:

Todo el problema sigue siendo el de saber si el inconsciente funciona con significantes y significados, con significantes solos o con significados solos (23).

Pero al cuestionar directamente a Lacan sobre este punto neurálgico, se topa con un muro de silencio:

Sin embargo, J. Lacan no se pronuncia sobre respecto al problema de la naturaleza de los significantes en el inconsciente, respecto al estatuto que adquieren ahí (p. 368).

Así mismo, el prefacio que Lacan escribe a propósito de la primera edición de esta tesis, en 1970, es una nueva ocasión frustrada: durante toda una página ironiza

sobre sus «dos protegidos [ailes] (23)» –Laplanche y Leclaire- pero se cuida mucho de no evocar el artículo de Freud que «parece ir en contra» de su «doctrina».

Algo parecido ocurrirá cuando, en el seminario del 14 de enero de 1970 (*Séminaire XVII*, p. 44-45), Lacan, siempre a propósito del mismo *impasse* sobre el estatuto tópico del lenguaje, prefiere describirse como un maestro magnánimo que, en Bonneval, se cuidó de no rectificar los errores de sus discípulos en público:

No es demasiado tarde para que aclare este asunto. Tampoco era cuestión de hacerlo en ese momento por la razón de que, para los oyentes absolutamente no preparados –que no habían recibido nada de lo que yo había podido articular desde hacía siete años- ya era mucho ver que aquello entraba en juego. Evidentemente ese no era el momento, por relación a quienes se dedicaron a ese trabajo de deconstrucción, de aportar lo que sea que pudiese parecer una crítica del mismo. Por otro lado, además, ese trabajo contenía muchos elementos excelentes.

Notas

*«**Le langage délocalisé**», extracto del libro de Alain Costes : *Lacan : le fourvoisement linguistique. La Métaphore introuvable*, Puf, 2003, Cap. 1, apartados 1-6. Traducción: Deborah Golergant [Revisada en septiembre de 2013].

1. [**Délocaliser**: Changer l' emplacement, le lieu d'implantation de (une activité). Décentraliser, déplacer, transférer («Le Petit Robert»). **Descentrado, da.** (Del part. de *descentrar*). **1.** adj. Dicho de un instrumento o de una pieza de una máquina: Que tiene el centro fuera de la posición que debe ocupar. **2.** adj. Que se encuentra fuera del estado o lugar de su natural asiento y acomodo (R.A.E). N. de T.]
2. En *Lacan*, Alain Vanier, Ed. Les Belles Lettres, 2000, p. 12.
3. Ver el capítulo introductorio del libro *Le fourvoisement linguistique*, de donde fue extraído este texto.
4. En *La Naissance de la psychanalyse*, Carta n°52 del 6 de Diciembre de 1896, PUF, 1969, p. 153-160.
5. *OCF*, Puf, XI, p. 16.
6. Jean-Marc Dupeu, «Représentance et symbolisation linguistique», en *Colloque international de psychanalyse* (Montréal, 3-5 de julio de 1992) Jean Lplanche et coll, PUF, 1994, p. 232.
7. En *Structure et rééducation thérapeutique*, Ed. Universitaires, 1967, p. 19-20.
8. En *Sur le rêve*, Ed. Gallimard, «Folio», 2000, p. 91.
9. «L'instance de la leerte dans l'inconscient...» (1957), en *Écrits*, Ed. Le Seuil, 1966, p. 510.
10. p. 511.
11. p. 511-512.
12. *Sur le rêve*, p. 91-92.
13. Los traductores de las *OEuvres complètes* de Freud optaron por traducir *Darstellung* por el término más amplio de «presentación», concepto que incluye la idea de recurrir a la imagen: «Sin duda esta presentación se produce en el sueño, casi siempre de modo gráfico (*bildlich*)...», incluso si también puede tratarse de «exposiciones de ideas o de tesis», en *Traduire Freud*, Puf, 1989, p. 128-129.
14. [«La représentation de mot chez Freud» en Alain Costes, *Lacan: le fourvoisement linguistique*, op. cit, p. 221. N. de T.]
15. Este concepto no figura en el *Vocabulaire de la psychanalyse* de Laplanche y Pontalis, Puf, 1967, pero se encuentra en el *Dictionnaire de psychanalyse* de C. Rycroft, Ed. Hachette, 1972. Este autor insiste en el aspecto «causalista» del concepto y en el proyecto de Freud de hacer del psicoanálisis una ciencia de pleno derecho. Véase «La interpretación entre determinismo y hermenéutica» de Jean Laplanche (1992), texto incluido en *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Amorrortu, 1998, p. 135-166. Véase también, desde otra perspectiva, el reciente artículo de S. de Mijolla-Mellor: «L'Impensable du hassard» en *Topique*, n°63, 1997, p. 19-39.
16. «L'Inconscient», *OCF.P*, XIII, 231.
17. Una autora contemporánea como Suzanne Ferrières-Pestureau –en *La Métaphore en psychanalyse* – comprende todo el interés de esta influencia recíproca para captar el efecto de sentido de toda metáfora: «Esta proximidad originaria de las palabras y las cosas hace posible la instauración de una proximidad

entre significaciones hasta entonces lejanas, porque el sistema preconscious está permanentemente influenciado por el Icc que, a su vez, está sometido a las influencias del Pcc...» (p. 77).

18. «Violences oedipiennes», en *Revue française de psychanalyse*, n.º 1, t. LXV, 2001, p. 202.

19. «L'Inconscient» - *6to Coloquio de Bonneval*, bajo la dirección de Henri Ey, Ed. Desclée de Brouwer, 1966 (reeditado íntegramente en 1978 por la misma editorial).

20. [*El inconsciente y el ello, Problemáticas IV*, Amorrotu, 1987.]

21. Mucho más tarde, en 1977 (*Problématiques IV*, p.43), Laplanche dirá que, en la época de Bonneval, las posiciones de Leclaire no podían dejar de parecer lacanianas cuando en realidad eran bastante ambivalentes. La trayectoria posterior de Leclaire lo aclara bien: es la de un psicoanalista que siempre conservará su libertad de pensar frente a Lacan. Laplanche describe aquello de una forma muy bella a través de una metáfora: «Así, el recorrido de Leclaire se define por una suerte de navegación que nunca pierde de vista la orilla lacaniana, pero que con frecuencia se aleja y se desmarca de ella, a menudo de manera considerable».

22. En «Contribution à l'histoire du mouvement psychanalytique», en *Cinq leçons sur la psychanalyse*, Ed. Payot, 1973, p. 110.

23. En *Jacques Lacan*, 2da ed. revisada y discutida, Bruselas, Ed. Pierre Mardagan, 1977, p. 164.

24. [*aile*: ala, // FIG. protección; se pronuncia igual que la letra L. N. de T.]